

M. DE LAMARTINE?

El *Siglo* reproduce tomándolo del *Correo* un artículo que no es mas que la reproducción de cierto rumor malévol. Este rumor dice que M. de Lamartine es acaso digno de cierta atención en su país; pero que está solo, sistemáticamente aislado, es decir, que es insignificante en los negocios, y que sus ideas, (si algunas tiene), su carácter demasiado altivo, su imaginación demasiado qui-

mérica para la realidad, su ambición demasiado alta para las conquistas pequeñas, lo condenan á eterno aislamiento. Es lástima, se añade con indulgencia. "Los principales hombres parlamentarios llevan mucho tiempo de estar en la escena; deben ya estar cansados. El público podría también empezar á cansarse. Si M. de Lamartine desempeñara un papel en el poder, renovaría un poco el drama; nos ofrecería algunas variedades de política dinástica ó popular. Pero está solo; no pensemos más en él. Bien bastan además tres ó cuatro hombres para llenar un siglo." Tal es poco más ó menos el sentido de estos artículos y de algunas palabras del *Globo*, de la *Reforma* y de algunos otros periódicos mas, sobre el mismo asunto.

Procuremos contestar.

Ante todo ¿es bien cierto que M. de Lamartine está solo? Nos viene á la memoria que en la época de la coalición parlamentaria de 1838, y mientras duró el ministerio del 1.^o de Marzo, M. de Lamartine, llamado á las reuniones del partido conservador, y participando con este partido del horror de la guerra por la guerra y del respeto á la constitución, fué con el rostro descubierto á aquellas reuniones, se incorporó muy leal y sólidamente á las filas amenazadas, y no combatió menos energicamente que ellos, en medio de ellos, durante aquella crisis que duró dos años, para preservar á la Francia de una guerra de ilusos y al parlamento de la dominación de una intriga. Los conservadores no notaron ni esa pretendida esencialidad de ideas, ni ese exceso de ambición, ni esa versatilidad de conducta, carácter convenido del diputado de Macon, entre sus enemigos. No llevó al abismo al partido a que momentáneamente se había unido. Lo con-

dujo hasta el umbral del ministerio del 29 de Octubre; allí se separó de él como se había convenido: la coalición quedaba disuelta, el ministerio de 1.^o de Marzo estaba derribado. "Si tenemos el mismo patriotismo para salvar á nuestro país de una crisis, no tenemos las mismas ideas para gobernarlo en tiempos regulares, dijo M. de Lamartine á los conservadores. Juntos combatimos; gobernad solos. Yo quedo en libertad." Sin embargo, no por esto abandonó caprichosa y súbitamente las filas todavía comovidas del centro, durante los primeros y malos años del ministerio del 29 de Octubre; los sostuvo aun contra la coalición renaciente. Escusó hasta la ley de las fortificaciones de París contra la que hervía en él tanta indignación. Escusó la ley sobre la regencia que atribuyó á la emoción de un dolor muy natural. No se aisló de ellos sino después de tres años de buenos procederes y de respectivas advertencias, cuando el conjunto y la obstinación de su política le hubo demostrado que sus errores eran un sistema, que la revolución corría mas peligros que el poder, y que una dinastía encerrada en una capital convertida en ciudadela, apoyada en quinientos mil hombres, aconsejada y servida por un ministerio temerario, perpétuamente tentada por la facilidad de los golpes de Estado preparados, combinados, armados bajo su mano, podía en un día dado intuirizar á la constitución después de haberla corrompido, dar el uniforme á las opiniones, disciplinar la elección, subalternar el parlamento y convertir el trono democrático en trono militar. Y entonces ¿estuvo solo? lo preguntamos á la acogida unánime que tuvo en la oposición. Al cambiar, no de opinión, sino de terreno, pude creer que no había hecho mas que cambiar de amigos. Lo preguntamos á los que oyeron su

último discurso en la cámara sobre los peligros de la constitución, hace tres meses. ¿Estaba solo al bajar de la tribuna en los grupos amistosos de doscientos de sus colegas que confundían con él sus sentimientos? Solo cuando sube á la tribuna, si es múltiple cuando baja, ¿qué os importa?

Pero admitamos que este solo ¿qué inferis de aquí? Que sin duda él tiene la culpa y que esteriliza por falta de inteligencia ó por vanidad, las facultades que le atribuís, y los servicios que en vuestro concepto pudiera prestar á su país. Pues bien, examinemos: solo un modo tendría M. de Lamartine de no estar solo; aliarse y confundir con alguno de los partidos que actualmente existen en la cámara. Estos son cinco: el partido legitimista, el partido republicano, el partido de M. Guizot, el partido de M. Thiers, el partido de M. Barrot.

El partido legitimista y el partido republicano están fuera de la constitución: no podemos hablar de ellos sino como de una simple memoria. Sean las que fueren las disposiciones de un hombre parlamentario hacia uno u otro de estos partidos, no le proponderéis sin duda, que suba á la tribuna ó entre al consejo a proclamar una restauración ó a conspirar una revolución! Quedan, pues, los tres partidos parlamentarios representados por el momento por tres hombres eminentes bajo diferentes títulos, y á los que M. de Lamartine habría pedido, en vuestro concepto, dar ó quitar fuerza uniéndose á ellos. Véamos si esto es cierto. Supongamos, por ejemplo, que M. de Lamartine se hubiera unido á los que llama hoy el tercer partido en la cámara: ¿qué habría sucedido? Que M. de Lamartine habría hecho todo lo que ha hecho este partido hace quince años, es decir, todo lo que el espíritu de la revolución de Julio

acusó y condenó con M. de Lamartine en la conducta de este partido. Habría pedido que la dignidad de par fuese hereditaria, para inmovilizar en algunas cabezas la igualdad y el poder democráticos. Habría mutilado, reprimiendo demasiado, las libertades nacionales, al dia siguiente de haberlas conquistado la nación. Habría negado el derecho de asociación á las opiniones. Habría contestado el derecho de mas amplia representación al país. Habría instituido un tribunal de Estado en la corte de los pares, y dado así á los ciudadanos jueces distintos de los ciudadanos. Habría hecho las leyes de Septiembre. Habría anulado la coalición parlamentaria con M. Guizot. Habría tomado el poder de mano de la coalición triunfante. Se habría engañado en el negocio de Oriente, la cuestión vital, la palanca de toda política extranjera para la Francia. Habría roto todas nuestras alianzas, agitado la guerra sobre la Europa sin intimidarla. Despues de palabras hacia adelante y de pasos hacia atrás, habría reconocido la necesidad de su caída y dejado á la Francia en crisis. Magnífico resultado! A esta costa M. de Lamartine habría sido ministro; pero habría sido consecuente consigo mismo?

Supongamos ahora que M. de Lamartine se hubiera unido al partido de M. Guizot. ¿Qué habría hecho? Habría enseñado la omnipotencia oligárquica de la clase media, en lugar de la omnipotencia nacional de la democracia toda. Habría votado las leyes amuralladas, que rechazando al pueblo fuera de la constitución, han obligado al partido de M. Guizot á inventar el nombre de *pais legal* y á declarar así un nuevo feudalismo, el feudalismo de la ley. Habría hecho una coalición parlamentaria con los

enemigos de su política para producir una confusión de los partidos. Habría representado como embajador en Inglaterra, la política errónea de 1840. Habría visto demasiado tarde esta política pronta á estallar en guerra general en su mano. Habría asistido en Londres á la firma de una nueva coalición de las potencias contra la Francia. Habría vuelto á París á recobrar el poder de partido conservador, después de haberlo diezmado y humillado. Habría renegado, como ministro conservador de la política oriental que había profesado como ministro del 1.º de Marzo. Habría reanudado con poca dignidad los lazos de la alianza rota por él mismo entre la Francia y la Inglaterra. Habría entregado el Oriente á los ingleses y á los rusos. Habría quitado á la Francia la mas vasta sucesión que jamás abrió al mundo la descomposición de un imperio, desde que se desmembró el imperio de Constantino. Habría, siendo liberal, consumado por necesidad de situación, la obra mas anti-liberal y mas soldadesca de los tiempos modernos: *las fortificaciones de París*. Habría, siendo hombre probó, sembrado la avaricia en una democracia naciente, para recojer mayorías serviles al gobierno. Habría hecho pequeñas conquistas microscópicas en la Oceanía ó en los mares de la China, para divertir al país con adquisiciones peligrosas, mientras se le quitaba su libertad en el interior y su parte en los imperios en el exterior. Habría dado como consigna de un partido, esta máxima de los gobiernos que se designan en la pendiente de su caída: "Mantener el timor, contener el caos y ganar tiempo." Y esta es la gloria de que reprochais á M. de Lamartine no haber querido participar?

Queda el partido de M. Barrot, jefe nominal y respe-

tado de la oposición constitucional. Véamos aún si por culpa de M. de Lamartine no es completa é indisoluble la alianza entre él y este partido. El partido de M. Barrot no ha comprometido su mano en los negocios. Tiene la virginidad de los partidos, la irresponsabilidad de las teorías, el desinterés de las abstracciones. En lugar de hacerse acción y voluntad, se ha hecho equilibrio y contrapeso: es una oposición de báscula. ¿Qué se infiere de aquí para este partido? Que todo el mundo se sirve de él, y que él no se sirve de nadie. Cada vez que un hombre caído del poder tiene necesidad de un apoyo para volver á subir, se vuelve hacia el partido de M. Barrot, le dirige una sonrisa, le tiende una frase cargada con un poco de oposición; el partido de M. Barrot hace una señal de asentimiento, aplaude, vota, y la oposición da la mayoría á uno de sus enemigos. Vióse esto con la coalición, vióse con M. Guizot, vióse con M. Thiers, y se seguirá viendo mientras el partido de Barrot tenga mas magnanimitad que memoria. Esto hace el mayor honor á la generosidad de los hombres, pero es el mayor error del partido. El partido de M. Barrot pone el corazón en los negocios cuando no debe ponerse mas que la razón. Así la oposición constitucional tiene importancia; pero carece de voluntad. Parece haber hecho voto de dejar siempre que otros gobiernen el país, y de aquí nace para ella un peligro mas grave: y que su abnegación del poder y su complacencia con sus aliados la desacrediten en la opinión y la hagan aceptar la responsabilidad de los actos mas opuestos á su naturaleza y á sus principios. Así fué como votó la alianza con M. Guizot durante la coalición, los errores de la política extranjera de M. Thiers durante el ministerio de 1840, los fondos secretos, la regencia y

por fin, las fortificaciones de París. Así es como retrocedio de posición en posición, hasta esa deplorable posición de los *hechos consumados*, esas horcas caujinas de la revolución de Julio! ¿La condijo hasta allá M. de Lamartine? ¿No protestó siempre, por el contrario, contra esas transacciones? ¿Lo acusais de haberse quedado solo, de haber conservado su individualidad política, de haberse quedado a un lado! mientras se consumaban esos adulterios de la oposición y del sistema para producir las ilusiones y el arrepentimiento de la izquierda? Sin embargo, aunque M. de Lamartine no se disimula ninguna de las faltas, debilidades y *descendencias* de la oposición dinástica, tiene tanta analogía de principios, tanto parentesco de ideas, tanta conformidad de mi a liberales con este partido; tiene además tan inveterada estimación al carácter y talento del jefe de la izquierda, que varias veces ha propuesto la alianza de este partido desde lo alto de la tribuna. Ha hecho las propuestas como conviene al hombre nuevo delante de hombres antiguos. Esto no le ha costado nada. Los espíritus de estos hombres se entienden, sus corazones se tocan, sus manos se estrechan naturalmente. Pero esta era la alianza con el partido de M. Barrot, y no con la política de M. Thiers bajo el nombre de M. Barrot. Dijo a la oposición: "Estaré con vosotros; pero con la condición de que estaréis con nosotros mismos. Si no queréis tener memoria, ni prudencia, ni política, ni hombres que sean vuestros, me retiro. Acepto vuestras ideas, vuestros antecedentes, vuestras miras, nuestro jefe legítimo: no acepto nada de lo demás. El aislamiento es a veces una debilidad, a veces una fuerza; en todo caso el aislamiento es triste, pero más quiero estar aislado que confundido." La oposición no

escuchó estas palabras, y M. de Lamartine está solo. Y si no estuviera solo, os preguntamos ¿qué sería? ¿Mas no hay en la cámara otros hombres tan aislados como él? Y además, la Francia no está a menudo como ellos? la Francia está siempre necesariamente con uno de estos tres partidos ó con uno de estos tres hombres? ¿Está por ejemplo con M. Guizot cuando detiene el movimiento de su modor tan brusco, que hace retroceder el gobierno de Julio hasta más allá de la Restauración? ¿Está con M. Thiers cuando agita á la Europa con recuerdos demasiado dolorantes y traza las fortificaciones de París, como una constitución del sabio en el suelo que devoró las Bastillas? ¿Está con M. Borrot, cuando despierta magníficos discursos, concede capitulaciones demasiado generosas, abandona el campo de batalla después de haberlo conquistado y deja confundir su bandera con la de sus enemigos? sup habiendo sido bocan o que se estrella en la otra parte de las Islas? No, la Francia no está ni con aquel, ni con este ni con el otro en semejantes momentos. Aparentemente está sola, según vosotros, puesto que no está con ninguno de estos partidos exclusivamente. Pues bien, M. de Lamartine está solo como la Francia, solo como muchos de sus eminentes colegas. Así se puede aceptar la soledad y consolarse áesta costa, de no completar número en un partido ó de no hacer grupo en un gabinete. Pero por otra parte, para ser de alguna utilidad á su época y á su país, es absolutamente indispensable completar número en un partido y formar grupo en un ministerio? ¿Los ministros de la oposición no valen tanto a veces como los de la corona? ¿Los hombres políticos que mas han agitado las cosas de su tiempo fueron todos

ministros? Fenelon, Maquiavelo, Franklin, Burke, Fox, Sheridan, Mirabeau, la Fayette, Foy, Manuel, Royer-Collard, muerto ayer en el retiro, encerraron su genio, su influencia, su accion en las carteras? Y fueron sin embargo grandes ministros, pero ministros sin cartera, ministros del pensamiento, de la independencia, de la razon, de su época y de su pais. Ciertamente M. de Lamartine no se quejaría si comparáramos su nombre al del ultimo de los hombres públicos que acabamos de citar; á tal costa, no dudamos que se glorificaría de su aislamiento. No pide nada á nadie; aun creemos que nada desea. Sin duda no es (aunque de ello se le acusa) del número de esos políticos contemplativos, de esos platónicos de la libertad que hacen voto de jamás tocar á los negocios, de jamás comprometerse con las dificultades del ministerio, por temor de traicionar una impotencia cuyo secreto conocen, ó de alterar una popularidad que necesita siempre ser refrescada por el mérito de la oposición. No! su entrada á la cámara, sus estudios políticos, sus luchas, su sacrificio á menudo repetido de toda popularidad, prueban que no teme la accion pública, y que si tuviera el número, la ocasión, la crisis, se agruparía en torno de un poder liberal con tanta adhesión como en torno de un principio de oposición. Al fin de cuentas el poder es la mira de las ideas. Gobernar es realizar. Pero á nadie es dado apresurar el paso de los acontecimientos, ni adelantarse á la madurez de las cosas. La fortuna, como dicen los antiguos, se ha reservado mucha parte en el destino de los hombres, independientemente de lo que ellos valen. A veces ha querido que el abate Dubois estuviese en Versalles y Fenelon en Cambray. En política el hombre hace sin duda su papel, pero la Providen-

cia hace la pieza. Cuando la pieza no llama al hombre, es menester saber quedarse fuera de la escena y contentarse con un papel que es acaso el mas bello en un pais en que se funda la libertad, y en donde hay mas ambición que virtudes públicas: —el papel del ciudadano!